

COPTOS

Padre Pedro José Ynaraja

Lo leí hace más de 70 años en la revista americana "Para ti". Ocupaba la sección de anécdotas. Decía así: a una señora que vuelve de un viaje, otra le dice: oiga usted que dice que viene de Italia ¿es verdad que este país tiene forma de bota? Lo he recordado desde entonces y me lo aplico con frecuencia. Que haya visitado una nación, no significa que la conozca. Ni su geografía, ni a sus gentes. Pero siempre hay algo de verdad en lo anecdótico.

Mi advertencia debe servir para acoger con benevolencia este comentario. Me siento obligado, por nobleza, a referirme a esta cultura religiosa, a la Iglesia Copta, tanto la no unida, como la que está en plena comunión con la católica.

Mi primer encuentro con ellos fue totalmente fortuito, la fabulosa imaginación de Dios, obra así. Estaba acompañado de 12 personas adultas al pie del Gbel Musa, el que la tradición cristiana dice que es el de la Revelación a Moisés. Esperábamos poder visitar la fortaleza-basílica de Santa Catalina. Por allí deambulaban unas personas que, sin ningún distintivo exterior, denotaban que era gente cristiana y religiosa. Me acerqué a una señora, dirigiéndome en francés, me contestó en perfecto castellano, que no me entendía, que ella era española. Indagué, no es necesario que ahora transcriba la totalidad del diálogo. Resulta que era vecina de Velascálvaro, pueblo cercano al que yo nací. Era monja, me parece recordar que de la congregación del Sagrado Corazón, que tiene convento en Barcelona. Me explicó que su obispo, de tierras del sur de Egipto, invitaba cada año a la mitad de su clero y a la mitad de las religiosas, a una excursión. Ese año había escogido el Sinaí y le había tocado a ella. Le pregunté si podríamos unirnos a la misa que iban a celebrar y me aseguró que sí. Pronto llegó el prelado. Le saludamos, nos entendíamos en francés, se dirigía a nosotros con gran amabilidad, me indicó que me colocara para la celebración al lado del Vicario General que hablaba francés y me iría indicando los pasos de la Eucaristía, que, evidentemente, sería en rito copto. Cuando pronunció la homilía se dirigió en lengua árabe para la mayoría, que eran los de su diócesis y en francés para nosotros. Una gentileza que nunca olvidaré y que quisiera encontrar siempre. Eran coptos-católicos.

En mi corta visita a El Cairo, preferí, y no me arrepiento, visitar las iglesias coptas del lugar, aunque no pudiera ir al museo y ver la máscara de oro de Tutankamón y otras hierbas. No llevaba yo ningún distintivo religioso, visible sí la cámara fotográfica, que a tantos irrita. Recuerdo muy bien que no encontré ningún impedimento. En una de las iglesias, llena de juventud, que en aquel momento celebraba la Eucaristía, me indicaron que pasara adelante, que fotografiase lo que quisiese. La sonrisa de su rostro substituía mi desconocimiento del idioma. Idéntica acogida y simpatía me otorgaron quienes atendían una pequeña tienda que, a precios muy reducidos respecto a los que había observado por la calle, vendían iconos y otros recuerdos.

En la basílica del Santo Sepulcro me sorprendió la primera vez que fui que estando yo tratando de descubrir todos los detalles y rincones, situado a espaldas de la puerta de la edícula, un monje acurrucado, me llamó y me bendijo. Me explico cómo pudo, que la pared que detrás, correspondía al muro del santo Sepulcro, que lo tocara, que lo besara, si quería, que le encendiera una candela, si tal era mi deseo. Sí, le di una limosna, sin que me la exigiera. Luego he sabido que está allí para que se respeten los derechos que tiene la Iglesia Copta en aquella basílica. Ahora me entero, que los domingos celebra la liturgia propia, en idioma árabe, la mayor parte. Los textos más importantes, los pronuncia en la antigua lengua copta, expresión que se conserva exclusivamente en la liturgia.

Unos 65 millones de fieles tiene esta Iglesia, es la cristiana de mayor población en el Medio Oriente. Se cree fundada por el evangelista Marcos y su honor es que Egipto es su tierra, el Egipto de los faraones y de los constructores de las pirámides. Allí hincan sus raíces, conservan parcialmente y evolucionada su lengua y tradiciones. Los árabes son advenedizos, pero dominan y no les respetan. Los coptos en su uso común han aceptado la lengua de los invasores, pero no su fe.

Si por boca de Isaías el Señor había dicho a Sion: "Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada" (Is 49,16) Los varones coptos, en llegando a cierta edad, se tatúan una cruz en el antebrazo, tanto los ortodoxos como los unidos a Roma. Y la enseñan con orgullo. Es su señal indeleble y su peligro. No pueden, aunque quieran, ocultar su pertenencia y son fácilmente víctimas de fanáticos perseguidores.

Otro de sus honores es el de sentirse honrados por la presencia misteriosa de la Virgen María. Ocurrió en Zeitun, o El-Zeitoun, que es un distrito en las afueras de El Cairo. Allí, Nuestra Señora la Virgen María, se apareció sobre el techo de una Iglesia Copta. Construida para conmemorar la presencia en la zona de San José con la Virgen María y Jesús, cuando la huida de Herodes. Las apariciones (cientos de ellas), ocurrieron especialmente por las noches. Comenzaron el 2 de abril de 1968 y fueron hasta finales de 1970. Quien lo desee puede observar imágenes en más de una docena de YouTube. Están aprobadas las apariciones, tanto por la Iglesia Católica, como por la Ortodoxa. Por fachadas y rincones aparece dibujada la imagen que les honra. Zeitun es para un egipcio, como Lourdes para un francés, o para un portugués Fátima.

Es una Iglesia simpática. Su patriarca, que reside en El Cairo, pero que su título es de Alejandría, se considera sucesor de San Marcos, se le da título de Papa, como al "patriarca católico de Occidente" sucesor de San Pedro, que reside en Roma, se le da idéntico tratamiento.

Escribo todavía impresionado por el ataque terrorista de hace pocos días. Su testimonio heroico me avergüenza, por mi mediocridad, a la vez que me honra, por estar en comunión con ellos. Si he dicho que son unos 60 millones los fieles

de esta Iglesia, debo advertir que la mayor parte de ellos residen por otras tierras y continentes lejanos. En su país de origen, leo estos días, que son unos 10 o 12 millones.